

[Otra edición en: *Dos milenios en la Historia de España. Año 1000, Año 2000. Catálogo de la exposición*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2000, 73-87. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Dispersa*, revisada de nuevo bajo su supervisión.]

© Texto, Martín Almagro-Gorbea

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Roma: Lengua y arte

Martín Almagro-Gorbea

La Península Ibérica, situada en el extremo Occidental del Mundo Antiguo, era un amplio territorio denominado Hispania por los romanos, que antes de su llegada ofrecía un complejo mosaico cultural como resultado de muy variados procesos de etnogénesis según las diversas regiones, pero con una tendencia general a evolucionar hacia formas de vida urbana ¹.

Esta situación explica que Roma se encontró con un mosaico de pueblos y culturas con el que tuvo primero que enfrentarse y vencer, no sin resistencias, para después ir imponiendo de forma paulatina su lengua y su cultura, proceso que conocemos como *romanización* y que es la clave para comprender la asimilación de las formas de vida propias de lo que hoy consideramos sociedades civilizadas.

Con tendencias variables según las diversas regiones, la Hispania prerromana muestra una clara tendencia al desarrollo, evidenciado en sus elites rectoras desde los primeros contactos con los pueblos coloniales fenicios, griegos y cartagineses, pues estos contactos con el mundo colonial supusieron la paulatina introducción de innovaciones económicas, políticas e ideológicas que dieron lugar a una tendencia imparable hacia formas de vida urbana influidas por la difusión del helenismo. La conquista romana no fue sino la última consecuencia de este proceso, en el que Roma, gracias a su gran labor civilizadora, unificó territorios y gentes en un nuevo marco de desarrollo económico, social y político, compartido por todo el mundo civilizado de la Antigüedad, aunque como todo proceso de aculturación también supusiera la pérdida de otros valiosos elementos culturales indígenas, que hoy la Arqueología trata de recuperar interpretando los restos prerromanos.

Donde mejor ha quedado plasmado el profundo cambio cultural que supuso la romanización ha sido en la lengua, como expresión de la mentalidad, y en lo que generalmente denominamos como Arte. Pero para comprender el Arte en las culturas de la Antigüedad, más que lo que hoy entendemos por creación artística, hay que valorar muy diversas producciones artesanales fruto de la necesidad de expresión de las estructuras sociales, políticas y religiosas, e incluso, de las necesidades de la vida diaria, como ocurre con mosaicos, cerámicas o vidrios. Por ello el Arte Antiguo es, ante todo, una manifestación material de la cultura. En este aspecto, resulta tanto más ilustrativo para la comprensión histórica como para profundizar en sus ideas estéticas, que muchas veces no eran sino el reflejo de modas y gustos de las elites y de sus imitadores e, incluso, mero reflejo de la habilidad de los artesanos, generalmente de condición servil, de su ambiente de formación y de los gustos de la clientela.

¹ Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *Hispania, el legado de Roma*, Mérida, 1999.

* * *

El inicio del Milenio y de la Era Cristiana coincide prácticamente en el tiempo con una serie de acontecimientos históricos de gran importancia. En primer lugar, supone en Roma el principio de una nuevo período histórico y uno de los cambios más trascendentales de su Historia: El Principado, caracterizado por la toma del poder por Augusto (27 a.C.-14 de JC.) tras la batalla de Actium el 27 a.C. en que derrotó a su rival Marco Antonio. Augusto se proclama Emperador y, tras relegar el poder político del Senado, asume un poder personal que durante la República sólo se podía otorgar, –y de forma muy excepcional–, al Dictator, a lo que añadió un sistema hereditario incompatible con la República. Pero esta etapa, que en la milenaria historia de Roma coincide con el año 756 de su fundación, resulta muy próxima al nacimiento de Cristo ², con el que se inicia la Era Cristiana, cuyo uso se ha generalizado por la mayor parte del mundo actual.

En Hispania, la llegada de estos nuevos tiempos también coincide con un acontecimiento tan importante como el final de la conquista y el inicio de la fase de mayor auge de la romanización. Tan evidente debió apreciarse este cambio en nuestras tierras que, aunque no se sabe bien ni sus circunstancias ni su origen, por esos años se inicia la Era Hispánica, un cómputo especial del tiempo cuyo inicio se sitúa en el 38 a.C. y cuyo uso se extendió en la Península Ibérica desde entonces hasta muy avanzada la Edad Media. Probablemente, en este hecho deba verse el reflejo de la percepción de que había comenzado un nuevo tiempo histórico, lo que nosotros llamaríamos una Nueva Era, que Augusto supo immortalizar en Roma como *saeculum aureum* a partir del 17 a.C. y que immortalizó con la construcción de un impresionante reloj astronómico, el *Horologium Augusti* ³, que por medio de un obelisco egipcio utilizado como *gnomon* o aguja señalaba las horas, los días y los meses con un claro sentido cosmológico relacionado con la vida del Emperador.

Además, acabada la guerra contra M. Antonio y Cleopatra, Augusto pretendió finalizar la conquista de Hispania. El año 26 a.C. salió de Tarragona hacia Cantabria, para someter a Astures y Cántabros, los únicos no sometidos a Roma. Pero un rayo estuvo a punto de matarle y se retiró enfermo de nuevo a Tarragona ⁴. Aunque el territorio no estaba definitivamente pacificado y la guerra se reiniciaría años más tarde, el 24 a.C. Augusto asentó a los veteranos en las colonias recientemente fundadas, como Emerita y Caesaraugusta, y se trasladó a Roma, donde, aunque no quiso celebrar un Triunfo ⁵, mandó cerrar el Templo de Jano, que permanecía abierto en caso de guerra. Pocos años después, el 13 a.C., se contruyó el *Ara Pacis Augustae* ⁶, uno de los monumentos más simbólicos del Arte oficial de Roma, levantado en el punto del suelo donde la sombra del obelisco del reloj solar construido por Augusto señalaba el día y la hora de su nacimiento, lo que era todo un símbolo de una Nueva Era, en el que Augusto se asocia a la Paz y al florecimiento de la tierra bajo el dominio universal de Roma.

Esta propaganda y este Arte oficial pronto tuvieron eco en las provincias. De Emerita, la colonia recién fundada en Hispania y que llevaba el nombre de Augusta, procede un altar similar al *Ara Pacis* de Roma, incluso con detalles como el de aludir a la estirpe

² “...en aquellos días salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo” (Lc. 12,1).

³ Buchner, E., “Solarium Augusti et Ara Pacis”. *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts. Römische Abteilung*, 83,2, 1976, pp. 319-375.

⁴ Suetonio, *Aug.*, XXIX; Dión Casio, LIII, 25, 7.

⁵ Floro II, 33, 53; Orosio, VI, 21, 11.

⁶ *Res Gestae*, 12. Simon, E., *Ara Pacis Augustae*, Tübingen.

de Eneas, de lo que presumía el Emperador. No menos significativo es que una inscripción descubierta en una pequeña ciudad provincial lusitana, de los Igaeditanos (Indalha-a-Velha, Portugal), conmemora que un ciudadano de la capital, Emerita, hizo donación de un reloj⁷ para marcar la hora oficial y como símbolo de la llegada de un orden nuevo que correspondía a un “nuevo tiempo”.

Pero lo más destacado de la nueva Era es que con la paz de Augusto cristalizó el proceso de romanización. Se organizaron tres provincias, con capitales en Tarraco, Emerita y Corduba, divididas en distritos judiciales o conventus. Las antiguas y nuevas ciudades disfrutaba de la plena explotación agrícola y minera de sus territorios, dentro del nuevo marco económico global que ofrecía el Imperio. Para ello y para facilitar el acceso de las legiones en caso necesario se construyeron grandes obras públicas, desde una magnífica red de comunicaciones con sus vías y puentes, a pantanos y acueductos para la higiene urbana y el regadío, lo que supuso una clara mejora del nivel de vida. Al mismo tiempo, Roma llevó a cabo la ordenación administrativa y jurídica, al organizar la sociedad con leyes, escritas en tablas de bronce que simbolizaban por su dureza el nuevo orden traído por Roma y su inmutabilidad.

El elemento esencial de la vida romana, como de toda sociedad civilizada, era la ciudad. En ella se organizaban las gentes de un territorio y Roma tuvo el acierto de saber asimilar y reestructurar ciudades anteriores, como Gadir o Corduba, transformadas totalmente en ciudades romanas, a las que se añadieron numerosas fundaciones, en especial en época de Augusto, algunas tan famosas como Colonia Emerita Augusta (Mérida), Colonia Caesar Augusta (Zaragoza), Lucus Augusti (Lugo), Asturica Augusta (Astorga), etc., muchas de las cuales han celebrado recientemente sus milenarios y en las que todavía se percibe en su tejido urbano la huella de la ciudad romana originaria.

La ciudad romana se concebía como una nueva Roma. Estaba amurallada y adornada con espléndidos monumentos representativos de sus centros cívicos: foros o plazas para reuniones y mercado, como el de Mérida, templos para los cultos que afirmaban la identidad colectiva y la ideología política oficial, como el llamado de Diana en Mérida, y curias y basílicas para el gobierno y la administración pública, como las de Baelo (Bolonía, Cádiz). Más conocidos son los espléndidos monumentos para espectáculos públicos, destinados a actos políticos y a la diversión del pueblo: teatros, como los de Mérida, Segóbriga o Sagunto; anfiteatros, como los de Itálica, Tarragona o Mérida; circos, como el de Mérida o Toledo. Su construcción se llevaba a cabo en ocasiones por iniciativa imperial, pero las más de las veces por la acción evergética de los ciudadanos, quienes gracias a la construcción de estas obras públicas y a su mantenimiento propiciaban sus carreras administrativas y políticas desde su ciudad a la capital de la Provincia y, finalmente, hasta los más altos cargos del Imperio. En este sistema social tal organización funcionaba con eficacia “romana” para facilitar el desarrollo de la vida urbana, pues la ciudad era el elemento motor del Imperio y la clave de su solidez y perduración.

A pesar de la importancia de la ciudad, Roma supo poner en explotación organizada todos los territorios. La clave del sistema era la villa, al mismo tiempo complejo agro-pecuario de grandes latifundios, equivalentes a los cortijos actuales y residencia extraurbana, en ocasiones lujosamente adornada con las mejores producciones artísticas, hasta el punto de que alguna de estas villae, por su suntuosidad, pueden equipararse a auténticos palacios. Pero los agricultores eran de baja extracción, cuando no esclavos

⁷ Mantas, V., “Orarium donavit Igaeditanis: epigrafía e funções urbanas numa capital regional lusitana”, en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, 1988, pp. 421-423; Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, op. cit., p. 563.

dedicados a la producción de trigo, vino y aceite que se vendía y exportaba para el alimento de las grandes masas urbanas.

El proceso de romanización potenciado en tiempos de Augusto y continuado por sus sucesores tuvo gran éxito. Gracias a ello las elites hispánicas llegaron a imponerse en la política de Roma y a fines del siglo I, su riqueza e influencia en la administración y el ejército imperiales permitieron alzar a su candidato, el italicense Trajano, como Emperador de Roma. La sociedad romana tenía una organización familiar patriarcal y una estructura social clientelar de tradición ancestral. La elite la constituían los senadores, dueños de grandes latifundios controlados desde suntuosas villas, adornadas con los más preciados objetos, mosaicos, pinturas y esculturas. Tras ellos, estaban los equites o caballeros, dedicados a las grandes empresas comerciales y a la alta administración, lo que les permitía acumular impresionantes fortunas. Esta elite dominaba una gran masa de siervos y de libertos o gentes de origen servil sobre los que recaía el trabajo y la producción. Este cuadro de la sociedad romana se completa con los ciudadanos libres, que ejercían en sus ciudades como campesinos, comerciantes y niveles bajos de la administración y que también desempeñaban numerosas profesiones y oficios, como artesanos, militares, médicos, etc.

También por su interés para comprender la sociedad y el Arte es necesario recordar que la religión romana era muy conservadora y ritual, con una concepción politeísta que permitía la convivencia de la religión oficial, cada vez más centrada en el culto imperial, dado su contenido político y aglutinador de la sociedad, con otras numerosas creencias, tanto de los pueblos sometidos como llegadas del Oriente del Imperio, creencias que han dado lugar a una muy rica iconografía, plasmada en esculturas, relieves, pinturas y diversas artes menores. La religión oficial estaba formada por un panteón integrado por Júpiter, Juno y Minerva y otras divinidades clásicas sobre las que destaca el culto al emperador divinizado, asociado a la divinización de Roma. Junto a éstas existían otras muchas deidades, más o menos populares, como Apolo, Diana o Hércules, aunque sólo más tarde, a partir del siglo II, se fueron extendiendo las religiones orientales, como Mitra o Cibele, que fueron ganando adeptos gracias a su carácter misterioso y salvador, que anuncia la atracción que lograría el cristianismo. Junto a los cultos públicos perduraron los privados, dirigidos a los dioses familiares, Lares, Manes y Penates, protectores de la familia, de su sustento y de los antepasados familiares.

* * *

La romanización resulta particularmente evidente en el campo lingüístico. A la llegada de Roma, Hispania era un complejo mosaico lingüístico, del que poco a poco vamos conociendo sus principales componentes⁸. Las regiones orientales, abiertas al Mediterráneo, pero incluyendo la parte oriental del Valle del Ebro hasta Zaragoza y la parte más meridional de la Meseta Sur hasta el Guadiana, sabemos que se entendían en una lengua denominada “ibérico”, de la que conocemos algo de su onomástica, pero muy poco de su gramática y vocabulario, en todo caso no relacionada con las lenguas indoeuropeas. Tampoco parecen haber sido indoeuropea la lengua tartésica y su heredera, la turdetana, habladas en el Valle del Guadalquivir y extendidas por el Sudoeste de la Península. El geógrafo Estrabón (III, 1, 6, 28-29), que escribió su famosa “Geografía”

⁸ Una buena visión de conjunto puede verse en Tovar, A., *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, New York, 1961; para visiones más actualizadas, pueden verse los *Coloquios sobre Lenguas y culturas prerromanas de la península Ibérica*, el VII y último publicado por Villar, F., y Beltrán, F. (eds.), como *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*, Salamanca 1999.

en tiempos de Augusto, recoge acertadamente la mejor descripción conservada de Hispania hacia el cambio de Era:

Éstos (los turdetanos) son tenidos por los más cultos de entre los iberos, puesto que no sólo utilizan la escritura, sino que de sus antiguas tradiciones tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de 6000 años de antigüedad, según dicen. También los otros pueblos ibéricos utilizan la escritura, cuyos caracteres no son uniformes, como tampoco lo es su lengua.

Pero en época de Augusto, como reconoce de forma explícita el mismo Estrabón (III, 2, 15, 126-127), las lenguas indígenas se habían perdido en la Bética:

Sin embargo los turdetanos, en particular los que habitan en las proximidades del Betis, se han adaptado perfectamente al modo de vida de los romanos y ni siquiera se acuerdan ya de su propia lengua... de modo que poco les falta para ser todos romanos.

Frente a las lenguas iberas y turdetanas, cuyas variantes y dialectos desconocemos, por todo el Centro y Occidente se hablaban lenguas indoeuropeas. La mejor conocida es el Celtibérico, que se escribía y hablaría desde la altura de Zaragoza hasta las tierras del Este de la Meseta, a la altura de Burgos, aunque cada vez se constata mejor la existencia de una expansión celtibérica hacia otras regiones del Occidente y del Norte. Los celtíberos a lo largo del tiempo se expandieron hacia las regiones septentrionales y occidentales, las más afines a su cultura y a su economía ganadera, hacia la Andalucía turdetana y hacia el Valle del Ebro, comprendido las áreas del País Vasco, de modo que, a la llegada de Roma, estaban en pleno proceso expansivo

Junto al Celtibérico, hay que valorar otras lenguas indoeuropeas a penas conocidas, entre las que destaca el Lusitano, documentado por Extremadura y Portugal, y otras de las que sólo conocemos algunos nombres de personas y etnias, cuya rareza hacen que Estrabón (III, 3, 7, 177) diga de estos pueblos indígenas:

Pero temo dar demasiados nombre, rehuyendo lo fastidioso de la trascripción, a no ser que a alguien le guste hablar de los pleutaros, bardietas, alotriges y otros nombres peores y más ininteligibles que éstos.

Finalmente, en las regiones del Garona hasta los Pirineos Occidentales vivían aquitanos y vascones, de lengua no indoeuropea, con cuyas lenguas se debe relacionar el Vasco actual. Aunque este pueblo estaba sufriendo un evidente proceso de celtización, su marginalidad y el apoyo prestado a Roma contra los celtíberos permitió su pervivencia hasta nuestros días, pues apenas llegaron a romanizarse, frente a Autrigones, Carisios y Bárdulos, que vivían en Vizcaya, Álava y el Norte de Burgos, quienes se celtiberizaron y romanizaron como los restantes pueblos circundantes, adoptando la lengua y costumbres latinas.

En conclusión, la Hispania prerromana ofrecía un complejo mosaico lingüístico, reflejo de su complejidad étnica y cultural, sobre el que Roma fue imponiendo su superior cultura tras un formidable esfuerzo bélico de casi dos siglos. Pero la romanización representa la última consecuencia del proceso de integración en formas de vida urbana iniciado mil años antes con la llegada de fenicios y griegos, cuyas lenguas todavía se hablaban en tiempos de Augusto en Gades (Cádiz) y Emporion (Ampurias), proceso que culminó en la asimilación de toda Hispania al Imperio Romano.

Roma no prohibió costumbres, religiones ni lenguas, por lo que éstas en principio sobrevivieron. El Latín, junto a la cultura romana, se fue superponiendo a las lenguas y culturas preexistentes por su mayor eficacia en el mundo mucho más abierto del Imperio Romano. Ya el 171 a.C. sabemos que una legación de hispanos expuso sus quejas en

el Senado de Roma, lo que suponía el dominio del Latín ⁹, y su uso generalizado lo documenta la ratificación del gobernador romano de la mediación de una ciudad céltica, Contrebia Belaisca (Botorríta), en un pleito entre una ciudad vascona, Alaún, y otra ibera, Salduie (Zaragoza) ¹⁰. Gracias a esta paulatina unificación lingüística frente al mosaico de lenguas indígenas preexistentes, el Latín y la escritura latina, que todavía usamos, siguen siendo un elemento esencial de la Administración pública, de los negocios y de la vida privada 2000 años después.

Este proceso de cambio lingüístico fue muy paulatino. No es de extrañar que en la Bética, hacia el cambio de Era, ya se hablara sólo latín, pues hemos señalado cómo Estrabón (III, 2, 15) indica que “habían olvidado su propia lengua”, aunque Cicerón señala que pocos años antes todavía hablaban con un acento “extraño y gangoso” ¹¹. Igualmente, se comprende que, pocos años después, los grandes escritores latinos sean hispanos, quienes forman la Edad de Plata de la Literatura Latina. Figuras bien conocidas son los cordubenses Marco Anneo Séneca, el retor, (ca. 50 a.C. - 40 de JC.), su hijo, el famoso Lucio Anneo Séneca (5 a.C. - 65 de JC.), preceptor de Nerón, su sobrino Marco Anneo Lucano (39 - 65 de JC.), autor de la *Farsalia*, además del tratadista agrícola gaditano Lucio Julio Moderato Columela, el geógrafo mauritano tingitano Pomponio Mela y el historiador lusitano Lucio Cornelio Boco (todos ellos del siglo I de la Era).

Pero la romanización cultural y lingüística también afectó poco a poco a las restantes áreas peninsulares: En primer lugar, al mundo ibérico, culturalmente más abierto a ella, donde sólo se mantuvo la propia lengua y escritura hasta el cambio de Era. Pero también llegó a los celtíberos, pues ya en el siglo I a.C. sabemos que Sertorio había organizado una escuela o *paideia* en Osca (Huesca) para dar formación a los hijos de las elites indígenas ¹², lo que contribuiría decididamente a su romanización y, a través de ellas, a la del resto de la sociedad. Por ello, no es de extrañar que poco después del cambio de Era surjan figuras como el calagurritano (de Calahorra) Marco Fabio Quintiliano (40 - 96 de JC.) o el bilbilitano (de Calatayud) Marcial (ca. 40 - 104 de JC.), quien hace referencia en sus *Epigramas* (V, 21-28) a la rudeza de la lengua de la Celtiberia, que seguramente todavía conocía y oía en su tierra originaria. Sin embargo, en otras áreas, el Latín se extendió más lentamente y en algunas parece haber sobrevivido hasta la Antigüedad Tardía, siendo la cristianización la que contribuyó a su implantación definitiva, con la excepción de las zonas montañosas del País Vasco, donde el Vasconce ha sobrevivido hasta nuestros días.

Pero, al mismo tiempo, estas lenguas indígenas, junto con la procedencia muchas veces itálica, no romana, de los colonizadores, explica la aparición y personalidad de las lenguas romances peninsulares, cuyos primeros testimonios sólo se documentarán 1000 años después ¹³. En ellas aparecen formas de entonación y de pronunciación, vocablos y giros que en muchos casos sólo se explican por el substrato prerromano, como con tanta claridad expuso Tovar:

También nos ha parecido oír a humildes colonos, a labradores que montan en la colonia sus trapiches, que hacen de barro peninsular sus lebrillos y sus pocillos.

⁹ T. Livio, XLIII, 2. Citado por Blázquez, J.M.^a, *La Romanización* (vol. 2), Madrid, 1975, p. 104.

¹⁰ Fatás, G., *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza, 1980.

¹¹ Cicerón, *Pro Arch.* 26.

¹² Plutarco, *Sertorio*, 14.

¹³ Menéndez Pidal, R., *Orígenes del español*, Madrid (10ª edición), 1986; Sanchis Guarner, M., *Aproximació a la història de la llengua catalana I*, Barcelona, 1980; da Silva Weto, S., *Historia da lingua portuguesa*, Río de Janeiro, 1952.

Son gente pobre que siguen comiendo, como en el terruño de Italia, sus callos y su longaniza, con sus mostachones y sus brevas como postre, hasta por fin quedar hartos ¹⁴.

Por ello, la Romanización y, en concreto, la latinización no sólo unificó, pues también contribuyó a conformar el proceso milenar que ha contribuido a enriquecer la variedad cultural y lingüística de las diversas regiones peninsulares ¹⁵ dándoles, al mismo tiempo, una unidad más profunda, ya que si sus peculiaridades son evidentes consideradas aisladamente, analizadas en su conjunto y en su devenir histórico responden a un proceso cultural unitario que explica que, para un no peninsular, cualquiera de los habitantes de la Península Ibérica pudiera ser definido en la Antigüedad, en la Edad Media y también actualmente, como hispano.

* * *

No menos atractivo hacia el inicio del primer milenio es el campo del Arte. Basta para ello advertir que los impresionantes restos romanos hablan y se gozan por sí mismos, como tan bien han comprendido los humanistas del Renacimiento, los anticuarios ilustrados del siglo xviii, los eruditos del siglo xix y el hombre actual, pues rara es la comarca española que no se enorgullece de poseer algún importante vestigio romano.

Las creaciones artísticas estaban al servicio de las élites sociales y del poder, por lo que el Arte Romano se suele considerar poco creativo, idea discutible en el campo estético, pero nunca en el sentido práctico que para los romanos tenía lo que hoy consideramos como Arte Romano. En primer lugar, hay que considerar los grandes monumentos. Es imposible no sentirse subyugado por obras tan famosas como el Acueducto de Segovia o el Puente de Alcántara, aunque para ceñirnos al cambio de milenio sea preferible enumerar el magnífico conjunto monumental de Mérida construido por Augusto a través de su lugarteniente Agripa. Su puente kilométrico, su teatro y anfiteatro, sus foros y sus templos, son ejemplos conocidos de la calidad y monumentalidad constructiva de Roma. Pero también nos subyugan sus formas y, en algunos casos, su gracia, como ocurre con el Arco de Bará, levantado en las proximidades de Tarragona. Pero más allá de los monumentos, es en la misma idea de ciudad y en su organización urbana donde el modelo de Roma, como metrópolis, se hace más patente, pues todas las ciudades tendieron a ser trasuntos de la urbs, capital del Imperio y centro del mundo entonces conocido, lo que se trasluce en una cierta uniformidad de las ciudades romanas ¹⁶.

En ciudades y villas jugó un importante papel la escultura, dedicada a completar la imagen de poder de las construcciones monumentales, al adorno de las casas y a la exaltación, propaganda y autorepresentación de sus élites ¹⁷. Si Roma destaca como creadora de grandes espacios arquitectónicos y de grandes obras públicas, cuyo valor

¹⁴ Tovar, A., *El Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización. Discurso leído el día 31 de marzo de 1968 en su recepción pública (Real Academia Española)*, Madrid, 1968, p. 46.

¹⁵ Díaz y Díaz, M.C., “El latín de la Península Ibérica: rasgos lingüísticos”, en M. Alvar et alii, *Enciclopedia Lingüística Hispana I*, Madrid, pp. 153-197.

¹⁶ Trillmich, W. y Zanker, P. (eds.), *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München, 1990; Bendala Galán, M. (ed.), *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 1993; Blázquez, J.M.^a, “De la primitiva aldea al año 711”, en Chueca Gotilla, F., *La ciudad. Recorrido por su historia*, Madrid, 1998, pp. 28-63; Trillmich, W., Las ciudades hispanorromanas reflejo de la Metrópoli, en M. Almagro-Gorbea y J.M.^a Álvarez Martínez, *op cit.*, p. 163.

¹⁷ García y Bellido, A., *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949; Koppel, E.M.^a, “La escultura ideal romana”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 303 s.

estético no cabe negar, también supo adoptar la escultura para decorar dichos ambientes con creaciones que, en muchas ocasiones, dejan entrever su origen helénico, generalmente asociadas a periodos “neoclásicos” e incluso “arcaizantes”, como es característico en tiempos de Augusto. Además, hacia el cambio de Era, la romanización creciente impone que el noble mármol sustituya a otras piedras, como las areniscas, trabajadas en talleres tradicionales.

Estas creaciones plásticas permiten apreciar, en ambientes de provincia como Hispania, toda una compleja gradación, que refleja tanto el proceso de romanización como la complejidad de la sociedad romana¹⁸. Hay obras importadas de los talleres de la *urbs* e incluso de Grecia, como vemos en los programas constructivos oficiales de Emerita o Tarraco; hay obras realizadas, probablemente por artistas foráneos, pero ya con mármoles de canteras locales o importados en bruto y labrados in situ; hay copias hechas ya por artistas o artesanos locales, quizás formados en los talleres de los escultores “oficiales” o foráneos o bien adaptados a copiar las obras importadas, como vemos en Segóbriga; hay imitaciones de más bajo nivel y de gusto crecientemente local, utilizadas para adornar villas privadas y monumentos menores; finalmente, no se debe olvidar las obras más populares, realizadas al margen de las corrientes del Arte Romano y que prosiguen tradiciones meramente indígenas, como observamos en talleres locales de estelas funerarias de esclavos y libertos.

Sin embargo, la creación más lograda del Arte Romano y su mayor aportación al Arte Universal es, sin duda, el retrato. Sea éste oficial o privado, en cuyas obras probablemente alcanza las cimas más altas, el retrato romano une a su penetración psicológica, su realismo y su fuerza plástica, su simbolismo del poder y su reflejo del deseo de inmortalidad a través de la fama y en el culto familiar. La existencia de modas y talleres no le hacen perder fuerza expresiva y justifica que los retratos romanos se consideren una de las grandes creaciones de la Historia del Arte Universal. Hispania ha proporcionado muy buenos ejemplos de época augustea, como el famoso retrato de Augusto de Mérida como Pontífice Máximo, magnífico ejemplo de retrato idealista de los talleres áulicos imperiales, gusto que se fue sobreponiendo a la tradición de retratos de tiempos de la República, mucho más realistas por proceder de las imágenes de los antepasados utilizadas para los cultos familiares. En las series de retratos romanos de Hispania, destacan los de la Bética y Emerita¹⁹, sin olvidar tantos ejemplos notables que se pueden admirar por nuestros museos. Junto a obras singulares, que suelen reflejar el gusto o la personalidad del ordenante, los talleres locales de época augustea siguen conceptos, técnicas y las modas del arte oficial, lo que evidencia el profundo arraigo de esta expresión estética tan vinculada a la estructura de la sociedad romana²⁰.

Junto a estas impresionantes obras, también el Arte Romano se caracteriza, en muchos otros casos, por obras efectistas y funcionales, como eran los mosaicos y pinturas murales que decoraban las construcciones y que podemos encontrar por toda España en las innumerables casas y villas romanas descubiertas, a lo que cabe añadir una amplia serie de ricas artes suntuarias, en las que destaca la orfebrería y el trabajo de piedras duras, que reflejan el refinamiento y lujo de sus clases dirigentes.

Una de las creaciones del Arte Romano que más impresión causa todavía son sus espléndidas pinturas, que decoraban las paredes de las mansiones, generalmente cons-

¹⁸ Trillmich, W., op. cit., p. 193.

¹⁹ Nogales Basarrate, T., *El retrato privado en Augusta Emerita* (2 vols.), Badajoz.

²⁰ Nogales Basarrate, T., “El retrato en Hispania”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, op. cit., p. 351-357.

truidas con muros de mampostería y tapial que había que disimular ²¹. Hoy sabemos que, poco antes del cambio de Era y hasta mediados del siglo I de JC., para decorar las paredes de las habitaciones nobles de la casa se fue generalizando en Roma y poco después por las provincias del Imperio, incluida Hispania, el III estilo pompeyano ²². Este estilo se caracteriza por la representación de elementos arquitectónicos pintados, cada vez más ideales, que enmarcar grandes recuadros de vivos colores cuyo centro se decoraba con escenas, todo ello sobre un zócalo también pintado imitando piedra. Ejemplos notables se conocen en Ampurias, Badalona, Celsa (Velilla de Ebro), Zaragoza, Bilbilis (Calatayud), Clunia (Coruña del Conde), Cartagena, Pinos Puente, Carmona o Conimbriga, ya en Portugal, etc. Las pinturas hispanas siguen las mismas tendencias y repertorios ornamentales que en Italia con muy poca diferencia de fechas, lo que es indicio de la comunidad artística entre las provincias y la metrópolis. También en estas fechas se evidencian claros cambios en el mosaico que adornaba los suelos, a modo de alfombras. Los mosaicos hechos de mortero de ladrillo machacado con teselas de mármol formando motivos, el llamado *opus signinum* de tradición republicana, cede su lugar poco a poco al mosaico compuesto todo él de teselas de mármol blancas y negras, con las que se forman muy diversos motivos geométricos: el *opus tessellatum* o característico mosaico romano ²³. La policromía no se practica en esta época, pues se limita a pequeños recuadros o *emblemata* ²⁴ que en casos muy excepcionales adornaban el centro de alguna estancia siguiendo tradiciones helenísticas, con ejemplos tan señeros como “El sacrificio de Ifigenia” de Ampurias, ya que el mosaico policromo sólo se generalizaría a partir de mediados del siglo II de JC.

En este repaso del Arte Romano en Hispania es preciso aludir también a las artes suntuarias, como la orfebrería y la glíptica. En Hispania debía existir una tradición generalizada de orfebrería que poco a poco se fue impregnando de formas helenísticas, como evidencian los tesoros ocultados durante las Guerras Civiles del siglo I a.C. ²⁵, que muestran las suntuosas joyas de las elites romanas e indígenas, cada vez más influenciadas por el gusto romano, en especial, las vajillas de plata, tan frecuentes en la Bética gracias a la riqueza en este metal de Sierra Morena, mientras que entre las poblaciones célticas de la Gallaecia aún perduraría el uso de torques de oro como adorno característico de los guerreros celtas.

Diversos epígrafes conservados indican la presencia de artesanos como dos *aurifices* (orfebres) en Tarragona, un *argentarius* (platero) en Cartagena y otro en Porcuna (Jaén), un *margaritarius* o tratante de perlas en Mérida, un *caelator anaglyptarius* o grabador de piedras duras y un *brattiarium* (batidor de oro) en Córdoba ²⁶, etc., y también documentan diversas donaciones de joyas a divinidades y templos ²⁷. Algunas joyas, como pulseras, collares, zarcillos y fíbulas, eran meramente decorativas, aunque su cali-

²¹ Abad, L., *La pintura romana en España*, Alicante, 1992.

²² Mostalac Carrillo, A., y Guiral Pelegrín, C., *La Pintura*, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 362-363.

²³ Blázquez, J. M.^a (dir.) et alii, *Corpus de mosaicos romanos de España* (fasc. I-XI), Madrid, 1978-1998; Álvarez Martínez, J.M.^a, “Las producciones musivas”, en M. Almagro-Gorbea y J.M.^a Álvarez Martínez, *op. cit.*, p. 369-375.

²⁴ Balil, A., “Estudios sobre mosaicos romanos IV. Emblemata”, en *Studia Archaeologica* 39, Valladolid, 1976.

²⁵ Raddatz, K., *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Berlin, 1969.

²⁶ Gimeno, H., *Artesanos y técnicos a través de la epigrafía de Hispania*, Barcelona, 1988, pp. 65-67.

²⁷ Casal García, R., “Joyas con gema a través de la Epigrafía Romana de Hispania”, en *Gallaecia* 12, 1990, pp. 191-196.

dad y uso indican la capacidad adquisitiva del usuario, pero otras, como los anillos de oro, el *annulus aureus*, eran privilegio tradicional de senadores y caballeros, aunque paulatinamente se fue generalizando su uso. Muy característicos son los entalles y camafeos que los decoraban, tallados en vidrio o en piedras duras como ágatas y cornalinas, con escenas mitológicas, retratos, animales o escenas de género, cuyo arte puede ser muy variable y en muchas ocasiones más o menos esquemático y adocenado, en especial si son producto de talleres que trabajaban en serie.

Y no se puede finalizar esta visión sin aludir al carácter artístico de otras producciones artesanales, como las de los bronceístas, ceramistas o fabricantes de vasos de vidrio²⁸. Sus obras, procedente en su mayoría de grandes talleres especializados en la producción masiva para exportar a regiones en ocasiones muy apartadas, no dejan de tener en ocasiones una indudable calidad artística. Así se reconoce, por ejemplo, en los vasos itálicos de *terra sigillata*, pues las mejores producciones de época augustea son muchas veces obra de libertos griegos que podemos considerar como auténticos artistas helenísticos, que han imitado perfectamente en el barro los prototipos metálicos en los que se inspiraban. Otro tanto cabe decir de los vasos de vidrio soplado, cuya producción se documenta en Hispania a partir de Tiberio (14-37 de JC.), con magníficos ejemplos que suelen conservarse particularmente bien en los ajuares funerarios de las necrópolis romanas, como Mérida, Carmona, Mulva, Baelo Claudia (Bolonía, cerca de Tarifa) o Segóbriga.

La belleza de este legado artístico y cultural, creado hace 2000 años en unos años cruciales para Hispania y para todo el mundo de la Antigüedad, todavía nos cautiva en el umbral del nuevo milenio. Pero si nos atrae su belleza y, también, hay que reconocerlo, cierta curiosidad por las gentes que lo crearon, no se debe olvidar su importancia cultural. Este legado contribuyó a unificar los pueblos y culturas peninsulares, pero las peculiaridades de los pueblos prerromanos no se borraron, sino que se sumaron al mundo más global y abierto que representaba la cultura romana. Por ello, debemos valorar este legado para comprender nuestra actual forma de ser, nuestros gustos artísticos, nuestra lengua y los valores cívicos que siguen siendo esenciales para nuestra convivencia y nuestra vida civilizada. Por ello, 2000 años después, al iniciarse el III milenio, debemos seguir reconociendo la ejemplar labor civilizadora de Roma y decir, con toda justicia, que “*todavía somos romanos*”.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, L., *La pintura romana en España*, Alicante, 1992.
- Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *Hispania, el legado de Roma*, Mérida, 1999.
- Álvarez Martínez, J.M.^a, “Las producciones musivas”, en M. Almagro-Gorbea y J.M.^a Álvarez Martínez, *op. cit.*, p. 369-375.
- Balil, A., “Estudios sobre mosaicos romanos IV. Emblemata”, en *Studia Archaeologica* 39, Valladolid, 1976.
- Beltrán Lloris, M., “Las producciones industriales y artesanales”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 289 s.
- Bendala Galán, M. (ed.), *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 1993.
- Blázquez, J.M.^a, *La Romanización* (vol. 2), Madrid, 1975, p. 104.

²⁸ Sobre estas actividades, véase Beltrán Lloris, M., “Las producciones industriales y artesanales”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 289 s.

- Blázquez, J. M.^a (dir.) *et alii*, *Corpus de mosaicos romanos de España* (fasc. I-XI), Madrid, 1978-1998.
- Blázquez, J.M.^a, “De la primitiva aldea al año 711”, en Chueca Goitia, F., *La ciudad. Recorrido por su historia*, Madrid, 1998, pp. 28-63.
- Buchner, E., “Solarium Augusti et Ara Pacis”. *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts. Römische Abteilung*, 83,2, 1976, pp. 319-375.
- Casal García, R., “Joyas con gema a través de la Epigrafía Romana de Hispania”, en *Gallaecia* 12, 1990, pp. 191-196.
- Díaz y Díaz, M.C., “El latín de la Península Ibérica: rasgos lingüísticos”, en M. Alvar *et alii*, *Enciclopedia Lingüística Hispana* I, Madrid, pp. 153-197.
- Fatás, G., *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza, 1980.
- Mantas, V., “Orarium donavit Igaeditanis: epigrafía e funções urbanas numa capital regional lusitana”, en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, 1988, pp. 421-423.
- Menéndez Pidal, R., *Orígenes del español*, Madrid (10ª edición), 1986
- García y Bellido, A., *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949.
- Jimeno, H., *Artesanos y técnicos a través de la epigrafía de Hispania*, Barcelona, 1988, pp. 65-67.
- Koppel, E.M.^a, “La escultura ideal romana”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 303 s.
- Mostalac Carrillo, A., y Guiral Pelegrín, C., La Pintura, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 362-363.
- Nogales Basarrate, T., *El retrato privado en Augusta Emerita* (2 vols.), Badajoz.
- Nogales Basarrate, T., “El retrato en Hispania”, en Almagro-Gorbea, M. y Álvarez Martínez, J.M.^a, *op. cit.*, p. 351-357.
- Raddatz, K., *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Berlin, 1969.
- Sanchis Guarner, M., *Aproximació a la història de la llengua catalana* I, Barcelona, 1980.
- Silva Weto, S. da, *Historia da lingua portuguesa*, Rio de Janeiro, 1952.
- Simon, E., *Ara Pacis Augustae*, Tübingen.
- Tovar, A., *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, New York, 1961.
- Tovar, A., *El Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización. Discurso leído el día 31 de marzo de 1968 en su recepción pública (Real Academia Española)*, Madrid, 1968.
- Trillmich, W., Las ciudades hispanorromanas reflejo de la Metrópoli, en M. Almagro-Gorbea y J.M.^a Álvarez Martínez, *op. cit.*, p. 163.
- Trillmich, W. y Zanker, P. (eds.), *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München, 1990.
- Villar, F., y Beltrán, F. (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana, VII Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1999.